

¿CUÁNTO CUESTA LA SALVACIÓN?

Orville Swindoll

¿Cuánto costó nuestra redención? ¿Qué precio se tuvo que pagar para nuestro rescate y salvación? Son preguntas solemnes que nos recuerdan que, aunque era imposible para nosotros comprar el favor de Dios, por cierto la salvación no viene sin precio.

Cuando el primer ser humano se alejó de Dios en desobediencia, pasó a toda su descendencia el germen destructivo de la rebelión. La Biblia señala que en nuestro estado natural vivimos en pecado, alejados de Dios. Nuestra alma vaga sin rumbo en el mar tempestuoso de la existencia. Nos rodean conflictos, corrupción, tentaciones y maldad. Pero el problema principal nuestro no está fuera de nosotros, sino EN nosotros.

Dios se propuso una proyección maravillosa para la primera pareja en la tierra. Les dio un hábitat precioso y la capacidad de desarrollar todas sus facultades al asumir la responsabilidad de gobernar la tierra y llenarla de sus vástagos y descendientes. Tristemente, duró poco ese cuadro lleno de luz y armonía. El hombre optó por probar su suerte fuera del plan divino, pero el experimento le salió mal. Entonces conoció la vergüenza, la soledad y la culpabilidad. Su alma se hundió en el pozo que se cavó con su rebelión.

Luego, con el pecado vinieron el conflicto, las luchas, el malestar, la infelicidad y, eventualmente, la muerte; tanto la muerte espiritual como la muerte física. Su sueño desvaneció, dando lugar a la dura realidad de vivir sin Dios en un mundo que parecía tornarse hostil ante sus planes y propósitos.

En su desesperación, el hombre no pudo haber sabido que Dios tenía un plan ya elaborado antes de la fundación del mundo, un plan que costaría a Dios lo más hermoso y valioso que tenía: el sacrificio de su propio Hijo. Pero habría que enseñar primero a los seres humanos la realidad de su situación de perdición como consecuencia de su rebelión y pecado. Habría que provocar en el hombre el deseo de la salvación y el aprecio de su costo. Con la muerte del primer animal para poder vestir al primer hombre, este aprendió que su alejamiento de Dios iba a involucrar el costo del derramamiento de la sangre de una víctima sin culpa propia.

De allí en más la larga sucesión de seres humanos vivía entre animales

sacrificados y altares sangrientos. Todo esto sirvió para grabar con letras de fuego en el alma del hombre una ley que marcaría su existencia para siempre: «*Sin derramamiento de sangre no hay perdón*» (Hebreos 9:22). Ríos de sangre corrían durante siglos de los altares levantados en Israel, pues los hombres seguían pecando y tenían necesidad de buscar y recibir el perdón por medio del sacrificio de corderos. Sin embargo, nada sirvió para producir un cambio definitivo. Pues siguieron con la misma naturaleza pecaminosa de siempre.

Una nueva esperanza nació en Israel con el anuncio del profeta Juan el Bautista a la orilla del río Jordán cuando dijo:

«*¡Aquí tienen al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!*» (Juan 1:29).

Se refirió a Jesús que Juan bautizó para iniciar su ministerio de redención que a la larga acabaría con la miseria y la rebelión del hombre. ¿Por qué se refirió a Cristo como «*el Cordero de Dios*»? Juan recordaba los miles de corderos cuya sangre se había derramado en los altares del pueblo de Israel, cada uno señalando que el sacrificio anterior no era suficiente para acabar con el derramamiento de sangre provocado por la maldad humana. Y ahora Juan anticipaba que este Cordero daría el sacrificio supremo y definitivo que terminaría con la necesidad de seguir derramando sangre a fin de cubrir las faltas de la raza humana. Y cuando este Cordero — Cristo mismo— dio su vida por nosotros en la cruz del Calvario, anunció que su muerte sería el holocausto final en el plan de Dios, al decir: «*Todo se ha cumplido*» (Juan 19:30).

El apóstol Pablo hace eco de la misma declaración al afirmar en Romanos 5:9–11:

⁹Y ahora que hemos sido justificados por su sangre, ¡con cuánta más razón, por medio de él, seremos salvados del castigo de Dios! ¹⁰Porque si, cuando éramos enemigos de Dios, fuimos reconciliados con él mediante la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón, habiendo sido reconciliados, seremos salvados por su vida! ¹¹Y no sólo esto, sino que también nos regocijamos en Dios por nuestro Señor Jesucristo, pues gracias a él ya hemos recibido la reconciliación.

En este breve pasaje nos enteramos de dos de los grandes beneficios que se nos otorgan por la muerte de Cristo en nuestro lugar: **somos justificados y reconciliados**. Justificados porque al conocer su salvación y al entregarnos a él,

nos libera de la carga de pecado y culpabilidad que pesaba sobre nosotros durante toda la vida. Y reconciliados por él, se acabó para nosotros la enemistad, la lejanía y el conflicto, pues él nos abrazó en su gran amor, perdonándonos y adoptándonos como hijos amados. Así podemos repetir con el apóstol Pablo:

¡Gracias a Dios porque hemos recibido la reconciliación!

Y no solo esto, pues por medio del sacrificio de Cristo y el derramamiento de su sangre en el Calvario, Dios nos ha unido con todos los redimidos en una gran familia por toda la eternidad. Por lo tanto, proclamemos juntos:

¡Gracias por el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo!